

LA MUJER Y LA NIÑA EN LA CIENCIA

La **RAM** brinda este espacio como un acto de esperanza, porque confiamos en que los equipos de salud podemos comenzar cambios que vayan transformando la sociedad.

Desde 2015, la Asamblea General de las Naciones Unidas definió que el 11 de febrero sea el Día Internacional de la Mujer y la Niña en la Ciencia. Lo consagró con el objetivo de visibilizar la necesidad de incrementar el acceso y la participación de las mujeres en este campo.

Para reflexionar sobre este tema se pueden elegir distintos enfoques: mostrar la desigualdad persistente entre mujeres y varones en el ámbito científico, reseñar historias sobre mujeres científicas y visibilizar su lucha para ocupar esos espacios, o bucear un poco más profundo para intentar descubrir otras facetas y develar algunas fisuras a partir de las cuales se puedan incluir transformaciones. Elijo la última, para generar preguntas que permitan descubrir otros significados que habiliten a pensar nuevas formas de hacer ciencia.

Casi cien años atrás, en 1937, Jules Monnerot escribía en la revista *Acéphale* una apelación a la ciencia que mantiene toda su actualidad:

“¡La ciencia pone al servicio de la vida materiales de tan rica diversidad!

Cruel, aguda como una refinadísima caza al hombre, pone en acción la agresividad humana en su forma más alejada, más ajena, más distante...

Pero la ciencia no es autómatas, no posee una meta, una voluntad... es ahora el refugio de toda clase de descontento, de remordimientos, de mala conciencia. Es la inquietud misma de la falta de ideal... es ciertamente un instrumento precioso entre todos, pero es preciso que esté en manos de algo más poderoso.”

Ya pasó el momento en el que se pensaba que los avances científicos aportarían soluciones a todos nuestros problemas y resolverían todos los padecimientos. Nos enfrentamos ahora a una ciencia que se ha convertido en pura técnica y que ofrece instrumentos que responden a preguntas que no hemos hecho, o a preguntas que hacen unos pocos. La ciencia se ha convertido en una técnica eficiente y ciega que sólo obedece –y beneficia– a quienes la dominan.

Ciencia instrumental. Instrumento ¿para qué y para quiénes?, ¿en manos de quiénes?, ¿qué leyes la dominan?,

¿qué hay más allá de lo aparente? La inequidad en las muertes y en los sufrimientos que ocasionó la pandemia de covid-19, las tragedias climáticas, el hambre, las muertes evitables y muchísimos más padecimientos con los que convivimos demuestran cruelmente que la ciencia no es la solución a los problemas más graves de la humanidad. Pero seguimos viviendo como si lo fuera. No es más ciencia y tecnología lo que necesitamos para hacer de este mundo un lugar más habitable, menos injusto y más amable para los seres vivos. Seguimos pidiéndole a una ciencia que no tiene ojos, y mucho menos corazón, que nos salve.

En este contexto, ¿puede el feminismo dar alguna respuesta? ¿Qué novedad trajo? Fundamentalmente mostró descarnadamente cómo opera el poder patriarcal, ejercido de manera continua y naturalizada sobre todas las relaciones humanas. Develó de qué manera esta forma de organización social se constituye en base al sexo biológico, a través de la designación artificial y diferenciada de roles y lugares sociales. Las luchas feministas muestran hasta qué punto esta división binaria y dicotómica, basada en una de tantas características biológicas, dividió a las sociedades, generó desigualdades e inequidades y construyó una ciencia potente y poderosa, pero ciega. Expuso las formas de vinculaciones patriarcales que entorpecen el desarrollo de afectividades más humanas que lleven a convivencias más amorosas y agradables. Cómo, a través de su “mandato de masculinidad”, el patriarcado esclaviza y somete a muertes tempranas a hombres y mujeres. Y finalmente, que la ciencia actual, desarrollada a partir de este marco de significaciones, sigue patrones de posesión, hiperproducción, consumo, vigilancia y control de la naturaleza.

Hasta aquí nos ha traído esta ciencia poderosa y ciega. Monnerot, ante el panorama desolador de una ciencia que caza y almacena bestias preciosas, vegetales inauditos y especies maravillosas y que cree preparar un festín de inmortalidad, propone una salida:

“[...] para transformar este festín en sangre de héroes y dioses se necesitan héroes y dioses [...] que posean entusiasmo, indignación y risa sagrada que convierta el saber en la orquesta más grandiosa.”

Como buen varón del siglo pasado, pensaba en dioses y héroes. El feminismo muestra que lo que necesitamos son mujeres. Pero no sólo mujeres cis, se necesitan personas que,

como postulan Deleuze y Guattari, quieran devenir mujeres. Átomos de feminidad capaces de construir nuevos flujos, de recorrer e impregnar todo el campo social y científico. Átomos de feminidad capaces de atrapar en su recorrido a otras personas dispuestas a implicarse. Personas trans, varones con corazón, pueblos subordinados, colectivos estigmatizados. No mujeres que reproduzcan, de manera invertida, el mismo mundo binario. Personas que hayamos aprendido la lección, que queramos construir mundos variados, diversos, mundos en los que quepan muchos mundos.

Para eso necesitamos modificar los paradigmas que dominan a la ciencia. Mostrar una vez más que la ciencia no es neutra ni objetiva, develar los poderes que la están guiando. Reivindicar al feminismo y a los antirracismos como posiciones que puedan desnudar los poderes que dominan al mundo, para construir desde allí nuevas ciencias capaces de construir nuevos mundos.

El día de la ciencia y la mujer puede ser una buena ocasión para pensar cómo querríamos que fuera una ciencia que dejara de lado el patriarcado que la construyó, poderosa pero ciega. Quizás así podamos comenzar a hablar un lenguaje feminista que se abra a otros mundos posibles. Un lenguaje que permita contactarnos con humanos y no humanos, que abra a conocimientos colectivos y a pensar nuevos y diversos parentescos.

Devenir mujeres, devenir minorías. Devenir pequeñas para construir subjetividades atentas a la responsabilidad política del saber y del hacer. Devenir minorías para ser sensibles al canto de las mujeres que pedimos flores al ritmo de Gioconda Belli:

Queremos flores de los que nos cortaron el clítoris

y de los que nos vendaron los pies.

Queremos flores de quienes no nos mandaron al colegio para que cuidáramos a los

hermanos

y ayudáramos en la cocina.

Flores del que se metió en la cama de noche y nos tapó la boca para violarnos mientras

nuestra madre dormía.

Queremos flores del que nos pagó menos por el trabajo más pesado

y del que nos corrió cuando se dio cuenta de que estábamos embarazadas.

Queremos flores del que nos condenó a muerte forzándonos

a parir a riesgo de nuestras vidas.

[...]

Queremos flores de los que nos quemaron por brujas
y nos encerraron por locas.

Flores del que nos pega, del que se emborracha,
del que se bebe irredento el pago de la comida del mes.

Queremos flores de las mujeres que intrigan y levantan
falsos testimonios.

Flores de las que se ensañan contra sus hijas, sus madres y sus nueras.

[...]

Amanece con pelo largo el día curvo

de las mujeres.

Queremos flores hoy.

Queremos flores de muchos colores y muchas formas; que no cierren, que abran; que no dividan, que unan; que no sean ciegas, que se animen a mirar y que sepan por donde van; y que no teman y se permitan tener corazón. Hacer el intento de comprender estas ideas y comprometerse con ellas es ciertamente un esfuerzo, pero quizás así las flores que pedimos podrán convertir a una ciencia ciega en una ciencia que deje de tener miedo, que se atreva a mirar y a poner su corazón para construir conocimiento y guiar sus acciones. Si no lo hacemos, podemos preguntarnos, sin temor a equivocarnos: ¿para qué sirve la ciencia? Y parafrasear a Artaud cuando interpela a escritores y poetas y repetir con él:

“No podemos vivir eternamente rodeados de muertos y de muerte. Y si todavía quedan prejuicios hay que destruirlos. El deber del escritor, del poeta, no es ir a encerrarse cobardemente en un texto, un libro, una revista de los que ya nunca más saldrá, sino al contrario, salir fuera, para sacudir, para atacar a la conciencia pública, sino ¿para qué sirve? ¿Y para qué nació?”

Dra. Alejandra Sánchez Cabezas

Consejo de Salud Comunitaria de la SAM

alejandra.sanchezcabezas@gmail.com

Bibliografía consultada

- Ceceña AE. El zapatismo. De la inclusión en la nación al mundo en el que quepan todos los mundos. En América Latina y el (des)orden global neoliberal. Pág. 301-320. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/relint/cecena.pdf>
- Deleuze G, Guattari F. Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia. Valencia: Pre-Textos. 2006
- Haraway D. Ciencia, cyborgs y mujeres. Cátedra: Madrid. 1995
- Monnerot J. Dionisios filósofo. En Geroges Bataille. *Acéphale*. Arena Libros S.L. España. 2015
- Olivera Mazzini MJ. Otro esfuerzo blasfematorio. Desmontar el proyecto colonialista, racista y sexista de la ciencia. Disponible en: <https://brecha.com.uy/otro-esfuerzo-blasfematorio/>
- Segato R. Las estructuras elementales de la violencia. Universidad Nacional de Quilmes. Argentina. 2003
- Belli G. Disponible en: <https://www.poemas-del-alma.com/gioconda-belli.htm>
- Artaud A. Carta a los poderes. Argonauta. 2012